

Toska, el final del camino, capítulo I

Antonella Mintegui

Image not found.

Capítulo 1

Toska

El final del camino

Capítulo I

Existe la posibilidad de encontrarnos frente a sucesos particulares a lo largo de la vida. De esos que pocas veces nos atrevemos a imaginar, porque escapan a lo que conocemos como realidad. Saber que algo imposible puede llegar a ser tan real como nosotros mismos, hace nacer el miedo ante lo desconocido.

En la mañana invernal de un pequeña ciudad, la espesa niebla cubría cada árbol que veía en su camino. Las casas apenas podían distinguirse una de otras y casi no había personas transitando por las calles. Eran las seis de la mañana y circulaban pocos autos, los pajaros aún no cantaban y la ciudad no acababa de despertar.

En el interior de un hogar cualquiera se encendía una lámpara, anunciando el comienzo de la jornada de una joven mujer. Sábanas blancas y una pesada manta se hacían a un lado, unos pies dejaban la cama para apoyarse sobre la alfombra gris que yacía en el piso de madera oscura. Un bostezo que emanaba de su cuerpo cansado, producto de las pocas horas de sueño invertidas en la noche. Los ojos azul pálido, casi gris, batallaban por permanecer abiertos. Mientras buscaban por la habitación un familiar cardigan morado, para evitar el frío desolador de la mañana.

Fue a la cocina a preparar aquel café tan fuerte que terminaba por despertarla cada día. Sentía una presión a los costados de su cabeza y los párpados inflamados. Para algunos, las noches no son cosa fácil, insomnio, pesadillas, ansiedad, pueden ser alguno de los detonantes. Pero otras veces, sencillamente no sentimos el sueño suficiente como para dormirnos, y es entonces cuando no dejamos de pensar. Ella había soñado con algo extraño, o al menos eso creía, ya que durante los pocos minutos que duró, aún estaba despierta. Y mientras tomaba su café parada frente a la ventana de la cocina, mirando los pocos árboles que la niebla le permitía distinguir, se preguntaba qué había sucedido por la noche. Quizá era el cansancio de una agotadora semana, la película de suspenso que había visto antes de irse a dormir. Podría haberse tratado de unas sombras juguetonas de medianoche, o tan solo su imaginación. Probablemente lo estaba pensando demasiado.

La rutina continuó como de costumbre. Se bañó, vistió, cepilló sus dientes y arregló la cama. Por último peinó su cabello. No le tomaba más de

media hora estar lista, pero se quedó unos minutos extra observando el espejo. Había círculos oscuros abrazando sus ojos. No era algo de extrañar, pero esa ocasión se acentuaban más que otras veces. Miró casi decepcionada aquella tez blanca, que parecía jamás haber sentido la caricia del sol, y suspiró. La humedad alborotaba su melena castaña recién peinada, y tuvo el impulso de hacer algo respecto a su imagen. Solo para sentirse un poco mejor consigo misma. Pero era en vano engañarse, el simple hecho de pensar en ello estimuló su desgano, y prefirió dejar su aspecto tal cual estaba. Era la imagen más sincera que podía ofrecer.

No lo notaba, pero era bella. Detrás de esas ojeras siempre se encontraban un par de ojos brillantes dando vida a su rostro. Y la piel, que no le gustaba demasiado, contrastaba con sus labios finos de rojo intenso y natural. Incluso lucía bien con ese cabello desordenado, que apenas traspasaba los hombros. Sin embargo, desde su punto de vista, ella era una desaliñada muchacha, que parecía recién salida de una cueva.

Notando que todavía le quedaban algunos minutos antes de partir, puso algo de música. Lo suficientemente alto como para romper con el silencio aturridor de esa mañana, pero sin dejar salir la melodía más allá de las paredes de su living. Tenía vecinos poco ruidosos, por lo cual era habitual percibir una ausencia casi total de sonidos fuertes por los alrededores. Incluso las familias con hijos pequeños lograban pasar desapercibidas. Eso le parecía bien, pues no se había acostumbrado con los ruidos estridentes o los lugares muy poblados. Se sentía francamente afortunada de poder vivir en aquel sitio especial de la ciudad. Allí se encontraba a salvo.

Cuando la música cesó, luego de quince minutos, la muchacha tomó su abrigo negro sabiendo que era hora de dejar la casa. Se detuvo frente a la puerta, inhaló, exhaló, y repitió el ritual. Abrió la puerta y salió de allí. Aunque no quería hacerlo, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Y como si fuera poco, posiblemente su futuro dependiera de aquel camino que estaba a punto de emprender.

Las calles todavía estaban poco visibles, y conforme avanzaba podía notar como se iban poblando paulatinamente. El frío rozaba sus mejillas mientras que la punta de la nariz se tornaba rosa, pero su mente hervía al compás de preguntas que no podía dejar de formularse. Jamás había estado en un consultorio como ese, no tenía la más remota idea de qué manera enfrentar la situación. ¿Cómo se explica algo que no parece real?, ¿De qué manera se aborda una conversación sobre algo que ni uno mismo es capaz de emprender?, ¿Y qué sucedería si la trataban de loca?, ¿Y si no le creían?. Interrogante tras interrogante, los pasos avanzaron haciendo frente a la incertidumbre.

Con el invierno golpeado su abrigo y el sol mirando a lo lejos, escondido entre suculentas nubes, sintió temor. Temor de lo que podía llegar a pasar.

Porque comprendió, en aquella caminata, que los sucesos que presenciaba por las noches no eran para nada normales. Entendió por primera vez, que algo malo estaba sucediendo con ella, pero no era capaz de decifrar de qué se trataba. Y como muchos, ella también temía a lo desconocido.

La chica se conocía lo suficiente como para saber que se quedaría completamente en blanco cuando tuviera que explicar lo que ocurría. Por esa razón llevaba días guionando en su cabeza una explicación breve y creíble. Y cuando estaba a pocas cuadras de llegar, lo repitió una y otra vez, en voz baja, cubriendo la su boca con la bufanda que tapaba parte de su rostro. Pero al llegar a la gran puerta antigua de madera que esperaba ansiosa su entrada, las palabras desaparecieron. Una vez adentro, mientras esperaba su turno, quizá lograra calmar los nervios y todo en su cabeza volvería a su lugar.

Caminó por el pasillo ancho de cerámicas coloridas, intentando no llamar la atención. Pero era delatado cuando sus pasos golpeaban contra las mismas. Llegó a una especie de sala, iluminada naturalmente por el sol, con paredes en tono marfil. Había varios sillones pequeños de color negro y una mesa de café bastante grande, repleta de revistas. Su corazón se aceleró un poco al ver que nadie más se encontraba en el lugar. Y moviéndose sigilosamente, tomó asiento, recogió una revista que claramente no era de ese año y comenzó a ojearla.

Aunque nada interesante se plasmaba en aquellas hojas, trató de poner su atención en ello y olvidarse de que estaba en ese sitio. Leyó sobre mascarillas caseras para hidratar el rostro, las infinitas maneras de usar una pashmina y cómo parecer más alta en cuestión de segundos. Intentó agudizar su oído para ver si lograba escuchar alguna voz proveniente del otro lado de la puerta que tenía en frente. Pero nada se escuchó y tenía la sensación de llevar horas allí sentada. Entonces echó un vistazo a su reloj, y evidentemente aún no era la hora de la consulta. De hecho, faltaban dos minutos.

Se sumergió de nuevo en las noticias irrelevantes y por unos momentos logró distraerse. Pero justo en ese instante la puerta del consultorio se abrió. Un hombre que vestía una camisa un tanto ridícula miró a la única persona sentada en la sala de espera..

- Monica Wolff, ¿Es usted? La muchacha levantó la vista, y dejó la revista a un lado.

- Sí Sus ojos se notaban temerosos, aunque tratara de ocultarlo y lucir relajada.

- Adelante Ella se levantó del asiento, y estrechó la mano del hombre. No era comportamiento frecuente en ella pero él había extendido su mano y no quería parecer maleducada. Inmediatamente entró a la habitación,

mientras él cerraba la puerta a sus espaldas. Se sintió un poco vulnerable al pasar por su lado, porque a pesar de ser un sujeto delgado, era bastante alto.

- Toma asiento por favor Con su índice señaló un sillón que lucía exactamente igual a los que se encontraban afuera, pero en un tono beige. Mientras que él se ubicaba en uno de color ocre que estaba del otro lado del escritorio de madera opaca. Mónica se despojó de su abrigo y se sentó, sosteniéndolo fuertemente contra su abdomen.

- Bueno, Mónica, ¿Qué te trae por acá? Sin previo aviso y sin conversaciones innecesarias por delante, él había hecho la pregunta que ella tantotemía. Y ante la sorpresa, se tomó unos segundos para responder, tratando de sostener la mirada a ese completo extraño. Que por cierto, sería la primer persona a la cual debía develarle semejante experiencia.

No parecía un mal hombre a primera vista. Tenía unos ojos bastante pequeños, que se disimulaban tras unos enormes anteojos. Su pelo era ondulado y de color negro, no muy corto, no muy largo. Y la barba, aunque corta, se extendía por la superficie de su rostro, escondiéndolo aun más. Tendría aproximadamente unos 42 años y una voz suave, relajante, algo grave con y mucha personalidad.

- Bueno -Comenzó- desde hace un tiempo, no mucho, he empezado a ver cosas extrañas. Bueno, cosas, sino una. Únicamente en la noche, no me deja dormir en paz. Y no sé que es, tampoco entiendo por qué me pasa esto. Pero, no es normal.

Leer aquella revista y distraerse por unos minutos, no había surtido efecto. Tal como imaginaba, la explicación que tenía preparada previamente quedó en el olvido, en algún espacio oscuro de su memoria.

Dijo lo primero que se le vino a la mente, y al terminar, mordió sus labios nerviosamente, esperando la respuesta de aquel hombre que la miraba pacíficamente, sin inmutarse ante su extraña explicación.

- Muy bien, Mónica, esto que ves por la noche y no te permite dormir, ¿Qué tipo de cosa es?, ¿Tiene una forma en particular, o por el contrario, es una cosa que no se parece a ninguna otra que hayas visto? Y si la pregunta anterior era la que le producía temor, esta última superaba dichos niveles. Y sus manos frías, ahora comenzaban a sudar.

- Es muy raro -Suspiró- Es, es una locura. Un hombre, probablemente, o al menos eso parece. Pero también tiene aspecto de araña. Es difícil distinguirlo en la oscuridad, la única luz que se filtra por la ventana es la del foco que está afuera, en la vereda. Pero no me permite ver con claridad. Además, siempre está en el mismo lugar, en el techo, en la

esquina izquierda de mi habitación. Y me preocupa, porque ninguna persona mentalmente saludable es capaz de ver este tipo de espectros , no es normal.

Continuó mirándola, sin juzgar. Solo colocó las manos frente su rostro y entrelazó sus dedos de forma pensativa, mientras mantenía los codos apoyados en el escritorio.

- No te preocupes, vamos a seguir hablando de esto. Me gustaría saber, esta especie de hombre o araña que está en el techo de tu dormitorio, ¿Te habla?, ¿Te mira?, ¿O no se mueve en absoluto?.

Ella hizo un gesto negativo con su cabeza y entrecerró los ojos por un momento.

- No, jamás me habla, no emite ningún sonido. Lo único que puedo percibir son unos ojos negros que me miran fijamente, ojos humanos. Sus labios, también puedo verlos, son oscuros, y en ocasiones abre apenas la boca , mientras saca su puntiaguda lengua y sonrío. Tiene algo que parece pelo sobre su cabeza, enmarañado y apuntando hacia todos lados. Lo demás es difícil distinguir, solo logro ver algo similar a las patas de una araña que se mueven muy lentamente, pero sin avanzar, y sin retroceder. Es aterrador.

- Eso pensaba preguntarte, qué impresión te producía esta especie de entidad, por llamarlo de alguna manera.

- Miedo -No tardó en responder- Es desagradable, me produce mucho miedo y ni siquiera me animo a sacar mi mano de abajo de las sábanas para prender la veladora que está en la mesa de luz. Solo aparto los ojos de ahí, y cuando regreso a mirar el mismo lugar, ya no está. Pero entonces me cuesta conciliar el sueño y duermo muy poco, o tengo pesadillas por lo que resta de la noche. El hecho de no saber a dónde fue me hace mantenerme alerta.

Él continuaba en la misma posición, pero ahora sus ojos la miraban con algo de pena, al verla describir aquello tan desagradable.

- ¿Ya has intentado dejar las luces prendidas en la noche, para corroborar si esto continúa sucediendo?

- Créame -Interrumpió un poco enojada- esto no se trata de un simple miedo a la oscuridad, jamás le temí a la oscuridad. Esto nunca me había pasado antes, empezó hace pocas semanas y no desaparece. Ya he intentado dejar las luces prendidas toda la noche, y esta cosa asquerosa no aparece. Pero no tiene sentido hacerlo, sé que en cuanto vuelva a apagarlas él va a estar allí otra vez, esperando. Sigue siendo algo anormal, no puedo prender las luces e ignorar el hecho de que soy una

persona adulta de 28 años que ve una cosa extraña en su techo. No puedo dejar pasar esto, se supone que debo solucionarlo. ¡Por eso vine, para que usted me ayude!.

Mientras hablaba, más se alteraba. Pero al finalizar, suspiró y agachó la cabeza. De nada servía perder el control.

- Bien Monica, -Dijo él sin alterar el tono de su voz- Entiendo que te pongas así, pero también necesito que te tranquilices y me respondas las cosas que voy a ir preguntandote. Todo lo que te parezca importante, o necesario que yo sepa, me lo cuentas. No pretendo juzgarte. Como bien lo has dicho, estoy acá para brindarte mi ayuda profesional. Esto no es algo que logremos en una única sesión, ni con una pastilla mágica que tomes hoy y elimine todas las cosas extrañas que puedas llegar a ver.

- Lo sé, entiendo.

Desde ese momento, Donovan se ganó algo de confianza, y el resto de la sesión continuó fluidamente. En cada pregunta y cada respuesta, Monica se sentía más confiada de contar lo que le sucedía. Contra todos sus pronósticos, aquel sujeto la comprendía, escuchaba, y ella tenía la impresión de que no la juzgaba. Tampoco la trataba como una desequilibrada mental. Tomaba sus palabras con seriedad y lo notaba francamente interesado en su situación. Sin embargo, ella era del tipo de personas que, en su desconfianza, creía que estos profesionales no se preocupan auténticamente por sus pacientes. Después de todo, los consideran nada más ni nada menos como otro número en su lista de clientes. No tienen ninguna clase de sentimiento hacia ese ser humano que acaban de conocer. Solo los tratan en sus problemas, recetan medicamentos y aparentan interés. Pero una vez que la persona, agobiada por sus problemas, atraviesa la puerta, olvidan todo, y verdaderamente no les importa como continúe su día. Lo cual no es del todo mal, pues, si cargaran su mente con todos los percances de sus pacientes, posiblemente acabarían más deprimidos y angustiados que aquellos. Entonces serían ellos quienes ahora necesitarían buscar a alguien que los ayude con sus propios disturbios. Que obviamente, fueron causados por llevarse el trabajo al hogar y cargar las veinticuatro horas del día con él.

Pero este hombre, con sus enormes gafas y mirada noble, simplemente parecía diferente a todo lo que ella había imaginado. Y mientras soltaba sus palabras delante de él, se despojaba del peso que cargaba sobre los hombros.

Casi sin darse cuenta las agujas del reloj se apresuraron y dieron la hora final. Su plática había terminado justo cuando comenzaba a disfrutar de la comodidad del cálido sillón.

- Mónica, hasta acá hemos llegado por hoy. Está claro que quedan muchas cosas por ver y analizar.

Cosas que van a ir surgiendo sesión a sesión y me irás contando con el paso del tiempo, o cuando lo creas necesario. Pero creo que hoy hicimos un buen trabajo.

Ella asintió y lo miró por unos segundos con ganas de acotar algo.

- ¿No va a recetarme nada? Es decir, he conocido personas que en su primer sesión ya obtienen la receta de su medicación. No es que así lo quiera pero, pensé que se hacía de modo.

Sus mejillas se fueron tornando rojas. Ese era un tema que le causaba algo de vergüenza, no quería que la tomaran como alguien que solo va en busca de un par de pastillas. Muchos consideran a las personas que acuden a estos especialistas y terminan medicadas, como "locos" . Eso la perturbaba un pocopues, no quería ser tomada como una mujer que había perdido la cordura. Ya tenía suficiente con sus visiones nocturnas como para soportar que la gente, sobre todo familiares, la tildaran de loca.

- Sinceramente prefiero esperar, no quiero recetarte algo apresuradamente y que produzca un efecto no deseado. Veamos como sigue esto la próxima sesión y si lo considero necesario entonces voy a determinar que tipo de medicamento es el ideal.

Diciendo estas palabras él se levantó, y Mónica imitó la acción, era hora de volver a casa.

- Creo que sería bueno verte en una semana, a esta misma hora, si no interfiere con tus actividades.

¿Te parece bien?

- Sí, perfecto.

- Bueno Monica, fue un gusto. Espero tengas un buen día, y nos vemos en una semana a esta mismahora.

- Gracias Dr. Donovan. Que tenga buen día.

Abrió la puerta, ella se dispuso a salir. Para su fortuna no fue necesario estrecharle la mano, y pudo irsesin sentirse tan incómoda. Esta vez, al pasar por al lado del buen sujeto, no tuvo esa detestable sensación de vulnerabilidad. Al parecer, no había nada que temer.

El clima frío le golpeó la cara y pudo suspirar aliviada. Tenía en claro que no había solucionado nada aún, esto recién comenzaba. De todas maneras

para ella, una desconfiada absoluta de la vida, aquello significaba un gran paso. Donovan era la primer persona en saber lo que sucedía. Y Mónica había salido de aquel consultorio sintiéndose menos pesada, como si hubiese quitado una pesada mochila de su espalda.

Entónces emprendió camino a casa. Ya deseaba llegar y poder dormir, porque no descansaba bien hace más de un día y sus parpados decendian involuntariamente. El camino de regreso se hizo más largo que el de ida, y paso a paso podía sentir la calidez de su cama más cerca. El cuerpo comenzaba a volverse perezoso y lento.

Cuatro cuadras más. Ya faltaba menos. Tres cuadras. Solo quedaban unos pocos metros. Dos cuadras.

Intentó apresurar el paso aunque su cansancio la volvía torpe. Una cuadra y llevó su mano hacia el bolsillo el abrigo, donde sonaron las llaves. Tenía la manos frías, y el tacto se hacía difícil. Introducir la llave en la cerradura le tomó unos minutos, pero finalmente lo logró. La puerta se cerró a sus espaldas y escaleras arriba, una cama caliente esperaba por ella.

Antes de subir, dejó en el perchero su cartera y el saco. Subió las escaleras lo mas rápido que pudo, y mientras entraba a la habitación se quitaba su botas. No había tiempo para cambiarse de ropa, el pijama podía esperar. Tómo la gruesa manta y como si se tratara de un truco de magia, desaparecio debajo de ellas. El sueño la venció y la luz del día le permitió descansar en completa paz, sin posibles amenazas que pusieran en peligro su vida.

Inmersa en aquel profundo descanso, Mónica no fue consciente de cuanto tiempo transcurrió. Era como si todos sus sentidos se hubiesen suprimido por un par de horas. No tuvo sueños, ni pesadillas, y solo logró recobrar la consciencia al escuchar unos golpes sobre una superficie de madera. Una, dos, tres veces. Era la puerta, alguien llamaba, y al percatarse de ello despertó por completo. Con los ojos cerrados intentó tomar las pantuflas que se habían deslizado hasta abajo de la cama. Mientras se las colocaba e intentaba despegar sus parpados, escucho una voz familiar que provenía desde abajo.

- Mónica, soy yo, ¿Estás en casa? Ese tono irritantemente y familiar, solo podía ser de una persona.

- ¡Estoy bajando! -Gritó al salir de la habitacion- ¡Ya voy! Elevar la voz hasta la cima de un grito era una de las tantas cosas que no soportaba. Y bajando las escaleras ya podía sentir el desgano. Imagina tener que soportar una conversación con alguien no te quiere, a pesar de haber habitado el mismo cuerpo alguna vez. Tomó las llaves y sostuvo el

picaporte. Suspiró y abrió la puerta.

- Sabía que estabas en casa, nunca dejas las cortinas abiertas cuando estás afuera.

La mujer atolondrada, caminó hasta llegar al living, haciendo sonar aquellos zapatos altos, verdes y acordonados. Se quitó su abrigo colorido, y al hacerlo, el perfume penetrante se acentuó aun más en la habitación.

- Estaba haciendo unas compras por esta zona y quise venir a verte - Continuó hablando sin parar- ¡Qué cara tenemos hoy!, ¿Te sorprendí en medio de la siesta?Se dejó caer en el sofá, tomó uno de los almohadones, lo observó y le pasó su mano por encima, como quitándole el polvo.

- Hola mamá -Dijo Mónica cerrando la puerta de la casa- Sí, estaba durmiendo, pero no hay problema, ya era hora de levantarme.

- ¿Mucho trabajo últimamente? Te compadezco, lo mismo me pasó hace unos días, pero ahora la tienda está mucho mas tranquila.

- En realidad estoy de licencia. – Se sentó en el sillón individual y subió los pies sobre la mesa de café que tenía en frente- El cansancio es porque no he estado durmiendo bien las ultimas semanas.

Frunciendo el seño mientras se acomodaba los puños de la camisa su madre la miró de arriba a abajo.

- ¿Licencia?, Ya la habías tenido hace pocos meses.

- Bueno, son una especie de días libres que me dieron. No es necesario que tomes todo tan literal.

Claramente no le había gustado la pregunta, por más simple e inocente que esta pareciera.

- Bueno, por lo que veo alguien está de mal humor. Era una pregunta inocente, me pareció extraño que te dieran licencia de nuevo. ¿Hay algún problema en la empresa?Y es así como el cuestionario tímidamente comenzó a florecer.

- No, está todo bien, solo tengo un par de días para mi.

- ¿Un par? Entónces, ¿Son solo dos?Las preguntas empezaban a incomodarla y era evidente que no quería continuar hablando de eso, pero se le daba muy mal mentir. No podía inventar una historia y decirle como si fuese algo verdadero sin que se notara en su rostro que se trataba de algo falso.¡No, no son dos días! Me dieron unos cuantos días para mi porque estaba teniendo problemas con algunos compañeros de trabajo.

Hace unas semanas no puedo dormir bien, llego a la oficina agotada y de mal humor, mi desempeño no es el mejor de todos y he discutido con varias personas. -Tomó un poco de aire y continuó- Mi jefe notó que algo no andaba bien conmigo y me recomendó que tomara unos días libres para aclarar mi mente y descansar. Creí que iba a despedirme pero me dijo que conocía mi actitud y forma de trabajar. Evidentemente supo que algo andaba mal. Pero no estoy sin trabajo, voy a regresar cuando las cosas mejoren.

Habia dicho todo rápidamente y de forma clara, mientras su madre la observaba atentamente. Sus ojos analizaban la postura de Mónica, vestimenta y sus gestos. Había notado desde el saludo inicial que su hija no se encontraba bien. Pero consideró que era inútil preguntar sobre el tema, debido a la difícil relación que tenían ambas. Sin embargo, Monica tenía demasiadas cosas guardadas en su interior como para mantenerlas ocultas sin estallar en el intento.

- ¿Y qué es lo que esta pasando?, ¿A que se debe esa actitud y la falta de sueño?, Algo malo debe estar pasando.

No miraba a su madre, tenía los ojos perdidos en la alfombra amarilla bajo sus pies. Sentía una especie de vergüenza mezclada con enojo por tener que hablar acerca de lo que padecía. Además, estos sentimientos se veían potenciados por el hecho de que jamás se había sentido muy unida a aquella mujer.

Hablar con ella sobre sus gustos, miedos y vivencias personales se sentía poco natural, como si de una completa extraña se tratara.

- No se qué pasa o por qué sucede. Justamente por eso estoy en esta especie de vacaciones forzadas, para solucionarlo. Solo necesito descansar y todo va a mejorar.

Pero había algo dentro de sí que no terminaba de revelar. Era lo que horas antes, por la mañana había expuesto ante un total desconocido por primera vez.

- ¿No has probado pastillas para dormir? A mi me fueron de ayuda cuando tuve problemas para conciliar el sueño hace dos años. Fue en los meses que ayude a tu hermana a preparar la boda. Eso sí, no hay que excederse, la idea es dormir, no dejar de despertar. -Esbozó una sonrisa y prosiguió- Deberías ir con un medico y pedirle que te recete algunas. El estrés del trabajo más tus incontrolables nervios no son buena combinación. Es lo que pasa con personas así, creen tener todo bajo control pero la presión les llega igual que al resto del mundo. Cuando se dan cuenta están sufriendo de problemas para dormir, problemas gástricos o dolores fuertes

de cabeza.

Cerró los ojos y la escuchó parlotear. Pero las palabras se filtraban por sus oídos, y salían de allí sin dejar rastros. Todo lo que oía era parte de un discurso insípido que ya conocía. Por esa razón decidió pausarla antes de que siguiera gastando el resto de sus frases en vano.

- ¡Es que veo cosas! - Elevó la voz mientras lo decía, y la disminuyó al finalizar- Estoy viendo cosas raras por la noche. En realidad una sola, pero no es real, y no estoy loca. No sé qué pasa. Pero hoy comencé mi terapia, está todo bajo control.

Y con esa última frase supo que se mentía a sí misma.

- ¿Cómo es eso Mónica?, ¿Viendo cosas?, ¿Pero de qué clase de cosas estas hablando? Los ojos de su madre ahora la miraban sin parpadear. Lucían como focos grises cargados de prejuicios, que buscaban develar la verdad tras ese manto de misterio.

- Bien mamá voy a ser clara, por las noches cuando me voy a dormir veo una entidad bastante rara en mi techo que no deja de mirarme. No es un humano, no es un animal, parece ambas cosas, pero sin ser ninguna. Es raro, lo sé. Sueño como una persona con problemas mentales, lo sé. Es por esa razón que no puedo dormir por las noches y estoy de mal humor. Por ese motivo hoy comencé mi terapia y por esa misma razón te quiero pedir que esta conversación quede entre nosotras, ¿Puede ser? Solo lo sabemos nosotras y el doctor Donovan.

La madre no cerraba la boca aún. No era mujer de esconder sus emociones y en aquel momento estaba francamente sorprendida. La mujer que desde pequeña no creía en seres sobrenaturales y se aburría con los cuentos para niños, le estaba confesando que veía una criatura imposible en su habitación, mirándola desde el techo.

- Yo estaba en lo cierto -Dijo mientras se recostaba casi satisfecha sobre el respaldo del sofá- Esas películas que ves día tras día, encerrada en estas paredes están haciendo estragos contigo. Eso es falta de vida social. Si tan solo dejaras a un lado la pantalla y te enfocaras en salir y realizar actividades al aire libre, conocer gente con la cual hablar, esto no pasaría, -Ahora miraba el dorso de su mano, mientras observaba insulsamente sus uñas pintadas de color morado- Siempre metida en esta casa sin hacer nada, te estás volviendo loca.

En ese momento la paciencia de Mónica se dio por vencida. Tomó una postura completamente diferente. Se inclinó para quedar más cerca de su madre, pero permeció sentada y con el ceño fruncido comenzó a hablar.

- ¡Pero de qué estás hablando!, Una cosa no tiene que ver con la otra. Si pesco un resfriado, es por pasar mucho tiempo en casa. Si estoy de mal humor, es exactamente por lo mismo. Tengo problemas en el trabajo y usas esa misma explicación. Te cuento sobre algo raro e importante que me pasa y a cambio tengo que escuchar el estúpido análisis desiempre.

- Lo siento si te molesta, pero tiene sentido. Es decir, siempre sola, haciendo lo mismo, serías capaz de morir sin tu aburrida rutina. Nunca sales a divertirte o a caminar. Todo se reduce a realizar tu trabajo y volver a casa, donde te enfrascas mirando documentales, películas, o leyendo libros tontos. Tu piel apenas conoce el sol, y cuando por fin te surgen planes los abandonas a ultimo momento. Creo fielmente que mi vida es más emocionante que la tuya, y es un poco triste teniendo en cuenta que soy mayor.

- ¿En serio mamá? Esta es una de las pocas veces que decido contarte algo importante y personal que está pasando en mi vida, y lo primero que se te ocurre es cuestionar mi estilo de vida. -Su tez dejaba entrever la ira- Tampoco estoy muy conforme con la dirección que lleva, pero intento dar lo mejor de mi, y sinceramente no creo que lo que acabas de decir sea la respuesta a mis problemas.

- Como quieras, pero alguien que ve fantasmas por la casa debería cuestionarse seriamente su forma de vida. No te conozco ninguna amiga, y tus compañeras de trabajo no son más que eso. Las ves únicamente durante la jornada laboral pero nada más, eso no cuenta. Es necesario que socialices. La soledad te está perjudicando .

Y con cada palabra la ira se derretía entre sus pestañas, mojando los ojos y humedeciendo sus mejillas.

Por situaciones como esta prefería mantener conversaciones superficiales y mundanas con su madre.

Cuando las cosas se ponían un poco serias todo se descontrolaba y se sentía incomprendida. No tardó en secar sus lágrimas con el puño del sweater y ponerse de pie.

- A veces se me olvida que siempre vas a encontrar la forma de fastidiarme. Prefiero no hablar más de esto contigo, y además tengo cosas que hacer así que...

- -Creo que entiendo perfectamente – Se puso de pie, acomodó su cabello y tomó el extravagante saco rojo- Me retiro, tengo que volver a casa.

Y sin darle un beso de despedida, con la cabeza en alto y una ceja levantada se dirigió hacia la salida con aires de soberbia. Se fue allí un

tanto ofendida, y no parecía importarle lo que su hija acababa de decir.

Inmediatamente, Mónica fue hacia la puerta y colocó el seguro, como queriendo evitar que aquella mujer incomprensible regresara para hacerla sentir aún más miserable. Cada vez que recibía su visita terminaba inundada por aquella sensación de vacío. Y se preguntaba una y otra vez si estaba satisfecha con su vida.

Sin lugar a dudas, su madre no lo estaba.

Se fue a la cocina con los ojos todavía rojos, estaba triste y hambrienta. No había comido nada en todo el día más que su café de la mañana, y ya eran las cuatro de la tarde. Así que tomó un recipiente que estaba en la heladera, donde había restos de la cena del día anterior y lo colocó dentro del horno. Lo encendió y preparó una taza té. Mientras el agua tomaba temperatura se quedó pensativa mirando por la ventana, desde la cual podía ver las casas de varios vecinos. Todas hermosas, como salidas de un catálogo. Pero no prestaba atención a lo que pasaba por sus ojos, tenía su mente fija en la conversación que había terminado minutos antes. Pensó que esa mujer era una desconsiderada. Alguien insensible que parecía odiarla sin motivo alguno. Vivía en su propio mundo, escuchando lo que más le convenía y desechando el resto, como si de residuos se tratara. Se enojó aún más y sintió aberración por aquel ser que siempre encontraba la forma de hacerla sentir mal. Era una adulta, pero lidiaba con ellos desde que era tan solo una niña. Intentó no pensar más en ello, se acercó hacia la caldera y colocó sus manos sobre ella para sentir el calor que emanaba del fuego que calentaba el agua. Pero no pudo dejar de pensar, y ahora se cuestionaba si aquello que le habían dicho minutos antes era cierto. Después de todo, su vida entera se reducía a las mismas veinticuatro horas repetidas una y otra vez. Vivía dentro de un espiral del cual no podía salir, o quizá, del cual no deseaba salir. ¿Era posible que la falta de contacto con otras personas la estuviera llevando a imaginar cosas?, ¿Su estilo de vida la estaba conduciendo a la locura?. No, no podía permitirse esa posibilidad. El silbido metálico la desvió de sus pensamientos y colocó el agua en la taza, para luego marcharse a su dormitorio. O poco que quedaba de la tarde lo pasó en el diminuto balcón de su habitación, donde tenía unos cuantos almohadones y una silla vieja de color dorado. Había encendido la radio en su emisora favorita- Transmitían música que los jóvenes ya no escuchaban, pero que a su parecer resultaban mejores que cualquier creación repetitiva de la actualidad. Estaba envuelta en una frazada mientras miraba pasar a las personas por la vereda, cada uno moviéndose por un propósito distinto. La punta de su nariz estaba roja y fría. Los ojos, se perdían en puntos indeterminados del panorama.

Miró el reloj que tenía en su muñeca izquierda y notó que eran las siete de la tarde. Se puso de pie y decidió entrar a la casa. Apagó la radio y se sentó en la cama todavía envuelta en la manta. Estaba en completo

silencio y su única compañía era la luz tenue de una veladora. No podía gastar sus días metida en aquella cueva sin hacer nada. Sabía que su soledad podía llegar a ser un problema. Entendía perfectamente que apenas interactuaba con las demás personas. No era sano, pero a veces, sentía que esa era la mejor opción. Los seres humanos le resultaban insoportables, y tenían una extraña tendencia a hacer daño. Solo intentaba no pasar un mal rato.

De todos modos, teniendo en cuenta que su pensamiento era poco saludable, tomó una bocanada de aire y discó un número en su teléfono. Lo sabía de memoria, solía llamar a esa persona todos los días en el pasado. No podía evitar la ansiedad, incluso en un acto tan simple como ese. Esperó un tono, dos, tres, y su respiración se aceleró. Pero finalmente alguien del otro lado se dignó a responder.

- Hola

- Elizabeth, soy yo, Monica. ¿Cómo estás?

- ¡Mónica! Estoy bien, acabo de llegar a casa del trabajo, ¿Cómo estás?, Hace varias semanas que no hablamos

- Bien, aunque estuve bastante ocupada, -Mintió- Pero estoy de vacaciones ahora y pensé que sería bueno vernos. Siempre y cuando tengas tiempo, claro.

- Es verdad, creo que la última vez que nos vimos fue hace casi un año. Y después solo hemos hablado por teléfono unas pocas veces. Pero sí, tengo tiempo para verte, sobre todo en la mañana.

Deberíamos juntarnos a tomar café y conversar por horas como hacíamos antes, extraño eso.

- Sí, también lo extraño. ¿Está bien que nos veamos mañana?

- Perfecto. ¿Te parece si nos vemos en tu casa?

- Sí, no hay problema. ¿A las nueve está bien?

- Sí por supuesto, mañana a las nueve en tu casa. Voy a preparara algo ahora para llevar. Pero quiero tomar de ese chocolate caliente que hacías antes.

- Lo vas a oler a cuatro cuadras de distancia.

- Es todo lo que quería oír. Entónces nos vemos mañana. Me vas a disculpar ahora Mon, pero tengo que irme, estoy exhausta y necesito

darme un baño. Espero estés bien. Te mando un abrazo.

- Que termines bien tu día. Un abrazo.

- Adios Mon.

Y no fue tan desastroso como pensó que sería. Conocía a Elizabeth desde que tenía diez años, y durante toda su adolescencia habían sido inseparables. Únicamente las dos, cuestionando el mundo y disfrutando de sus largas charlas mientras escuchaban música por horas. Observando al resto de los jóvenes tratar de destacar en la sociedad con su propia personalidad, y volviéndose uno con el resto en el intento. Pero al llegar a la universidad todo había cambiado y cada una tomó caminos diferentes. Elizabeth descubrió un nuevo grupo de personas, supo pertenecer a él y convertirse en una ciudadana modelo. Pero Mónica sucumbió en la soledad. No encontró amistades, y todos los que se acercaban a ella, luego de varios meses desaparecían, o terminaban por desilusionarla. Sus intereses no eran del agrado de nadie, y por el simple hecho de ser sí misma acabó sola. Creía que todos aquellos a los que se acercaba, terminarían abandonándola como el reto, y es por esto que decidió no intentarlo más. Si alguien desaba tenerla en su vida, demostraría su intención y entonces aceptaría aquella amistad.

El único percance era que en todos aquellos años nadie se había acercado, nadie demostraba interés, nadie la quería en su vida. Aquellas pocas personas que lo hacían, luego de un tiempo, intentaban cambiarla, y era entonces cuando ella sola se alejaba y desaparecía permanentemente. Con Elizabeth las cosas ya no eran como antes, aún se querían, su amistad prevalecía, pero entendía que su amiga no era exactamente la misma. Ahora tenía un grupo con el cual solía juntarse a menudo, y en el cual Mónica no era bienvenida. Francamente eso no le importaba, pues aquellas mujeres eran el tipo de persona que evitaba en su vida. De todos modos apreciaba a Elizabeth y serían amigas más allá de los cambios.

Cerca de las nueve de la noche se recostó en el sillón del living, y encendió la televisión para buscar alguna película que llamara su atención. No encontró nada en noventa y ocho canales, y el simple hecho de estar allí sin hacer nada le produjo sueño. Los párpados se cerraban solos, y sin darse cuenta se quedó dormida por unos pocos minutos. Hasta que el control remoto se deslizó por sus manos, cayendo al piso. Se despertó y mirando el reloj con los ojos entrecerrados, se percató de que la hora apenas había transcurrido.

Tuvo la intención de pasar la noche en el sofá, pero no era lo más cómodo, y además temía que aquella cosa apereciera allí también. Así que, decidida en tener un sueño apacible, tomó el control del piso y apagó la tele. Esa noche iba a dormir plácidamente en su cama sin que nada la atemorizara, no abriría sus ojos aunque sintiera que alguien la observaba.

De esa forma no tendría que ver absolutamente nada. Jamás se enteraría si la criatura espeluznante aún permanecía ahí.

Ya en su cuarto, con los dientes limpios y su ropa de dormir puesta, prendió la veladora y apagó la luz de la habitación. Había llegado la hora, el momento más temido de la jornada, que de todas maneras debía superar antes que fuese demasiado tarde. Avanzó hacia su cama, se sentó, y luego sumergió sus pies debajo de las esponjosas frazadas. Las subió hasta su pecho, llevó la mano hacia la lámpara, cerró sus ojos y suspiró. Apagó la luz e inmediatamente escondió su brazo completo entre las mantas como evitando que alguien las tocara. Entonces, con los ojos cerrados, subió la frazada hasta su nariz, de modo tal que, lo único que quedaba a la vista eran aquellos ojos cellados.

Pasaron los minutos y Mónica seguía despierta. En su mente se preguntaba por qué le costaba tanto dormir si momentos antes, en el sofá, le había resultado tan sencillo. Esa noche en particular la luz del farol, que se encontraba en su vereda, no funcionaba bien, y parpadeaba cada pocos segundos. Ella lo notó, aún con sus ojos cerrados, lo notó. Pero no podía levantarse y cerrar las cortinas, no deseaba separar sus párpados. Sabía que clase de cosa podría llegar a ver si los abría.

Pasaron exactamente treinta minutos, en los cuales aguantó la ansiedad por abrir los ojos. Tenía miedo de hacerlo, pero entonces recordó lo que esa misma mañana le había dicho al Doctor Donovan. No podía ignorar la realidad, debía lidiar con ello y hacer frente al problema hasta solucionarlo. Sus párpados comenzaron a aflojarse, pero sin despegarse. Esperó un instante y abrió vagamente sus ojos, no del todo.

Quizá esta vez no se encontraba allí, quería creer en esa posibilidad. Giró bruscamente la vista hacia la esquina superior izquierda de su habitación, y cada sentido de su ser se crispó momentáneamente mientras un helado sudor recorrió su cuerpo.

Ahí en la penumbra de su dormitorio, con una sed incontrolable, dos ojos negros la miraban fijamente.

La boca entreabierta y los labios rojos parecían húmedos, y un cabello azabache que permanecía tieso y desparramado por encima de su cabeza. Detrás, ocultas en la oscuridad, podía divisar las extremidades inhumanas, que se movían lentamente, sin avanzar. Nunca había detestado tanto la luz que se filtraba por la ventana, aquel parpadeo que se producía, tornaba aquella escena más escalofriante de lo que ya era. En cada breve ausencia de luz deseaba no ver esa alimaña cuando se volviera a encender. Desvió su mirada por un momento hacia otro lado, y cerró los ojos mientras luchaba internamente para no sucumbir en llanto.

Respiró hondo unas cuantas veces y miró nuevamente hacia la esquina del terror. De nuevo el mismo escalofrío, y otra vez la parálisis momentánea de todos sus sentidos. Esta vez las lagrimas salieron solas de los ojos, ya ni siquiera podía controlar su propio cuerpo. El miedo que la abrazó era tan inmenso que incluso entrecortó su respiración.

Cerró los ojos, no podía seguir. Apretó sus papados lo más fuerte que pudo y deseó con fervor que aquella bestia desapareciera de la habitación, de su vista y de su vida. Trató de visualizar la esquina del dormitorio vacía, limpia y sin rastros de malicia. Había escuchado hablar a las personas del poder de la mente, de como atraemos lo que pensamos. Y aunque no creía en dichas cosas, esa noche pensó que no perdería nada con intentar, Y así lo hizo, imaginó con fuerza que todo era como antes, creyó en su deseo.

Vio en su mente las paredes desnudas y el techo despejado, libres de maldad, terror y duda. Repitió esto tantas veces como le fue posible, hasta el punto de sentirse mentalmente agotada. Y cuando estuvo lo suficientemente segura como para volver a mirar, abrió los ojos y dirigió la mirada al sitio de la discordia.

Esta vez no halló nada, las paredes se unían con el techo blanco creando un rincón perfectamente limpio.

La mirada recorrió el cuarto para asegurarse de no ver a la desagradable criatura por algún otro sitio.

Pero allí no había nada fuera de lo común. Su respiración se normalizaba y los latidos del corazón menguaban su paso lentamente. Quizá el hecho de imaginar a la bestia fuera de allí había surtido efecto, o quizá había desaparecido sin razón alguna, al igual que las noches anteriores. Sinceramente no le interesaba, lo único que tenía claro era que aquello debía terminar cuanto antes. Pensó que esa noche la pasaría en vela o durmiendo mal, acompañada de las más extrañas pesadillas, pero no fue así. Tan solo diez minutos después de aquel encuentro, su cuerpo liberó toda la tensión y le permitió sumergirse en un profundo sueño.